



LA TABERNA DE ALDEA.

Después de fijar la vista en esta lámina, no es necesario decir que el lector tiene delante de sí una taberna de aldea. Aquellos dos que juegan á las cartas, están tan embebidos en su pasatiempo, que se olvidan de que hay en torno suyo un mundo en agitación y movimiento. Como el juego es una pasión en extremo violenta, la tabernera, á quien, de seguro la abundancia de quehaceres no la incita á resolver el problema del movimiento continuo, observa atentamente el juego, y como mujer curiosa, no se contenta con ver las cartas que los dos contrincantes dejan sobre la mesa, sino que fija su atención en las

que uno de los jugadores tiene en la mano. Todo esto es completamente indiferente para ese individuo que con el jarro delante y la pipa entre los dedos, no se cuida ni poco ni mucho, de los cuidados del mundo, ni de las penas que afligen á los hombres: él tiene tabaco para desvanecer las auyas con el humo de su pipa, y el jarro delante para ahogarlas en vino. Es un cuadro de verdadero egoísmo.

Esta pintura pertenece á la galería del Louvre; es de la escuela flamenca, que, como es sabido, se distingue de todas por consagrarse enteramente á la contemplación de la naturaleza. Van-Ostade, su autor, nació en Leberk el año de 1610; pasó á Harlem, donde se estableció antes que los ejércitos enemigos se aproximaran á la ciudad; vivió después en Amsterdam, y allí murió en 1685. En esta ciudad pintó sus mejores cuadros.

CARTA ORIGINAL

ESCRITA POR S. M. EL SEÑOR DON FELIPE IV, REY DE ESPAÑA,
A LA MADRE VENERABLE SOR MARIA DE JESÚS DE AGREDA,
Y LA RESPUESTA DE ESTA, ABRIL DEL AÑO 1633.

Nos parecen sumamente curiosos los dos siguientes escritos, que nos han sido remitidos por la persona que posee los originales, de los cuales se han sacado fielmente las copias que va á ver el lector. Vengan así.

I.

Con mucho gusto ó recibido vna carta, y aung tengo hartas ocupaciones, tomo este ratillo para responderos, y agradeceros muy de cerca todo lo que me decís, enq reconozco particularmente el amor q me tenéis; y el deseo de mi mayor bien, assi espiritual como temporal; pues todas las letras, y esculturas lo muestran muy bien; gran contento me dá (en medio de mi flaqueza,) ver lo que me ayudáis con vras oraciones, y doctrinas, pues aung tengo q no sé aprovecharme dellas, espero de la misericordia de Dios q mehan de ayudar mucho para lo que mas me importa, para lo qual procurare valerme de la virtud de la caridad (como me aconsejáis) porq si yo acertase á traer á Dios como deseo, es cierto que no le ofenderia, conq nada me podriá suceder mal no ser contrario á ningun suceso, ayúdame Sor Maria á conseguir tanto bien, q yo solo no me atrevo, y aung démi parte para procurare cooperar; temo q me lo impida mi flaqueza y negligencia; de Cataluña no ay nada de nuevo, procuramos (en medio de la estrechez enq está toda) asistir á aquella parte lo mas q es posible, defendiéndose se escribe con los mismos temores, y aun temen algun alboroto general en los pueblos, q sería la última ruina de aquellos estados, esto me causa el gran cuidado q podéis juzgar, y acrescentame el no poder asistirlos como quisiera; aunque se atreva á presentarme en ello, pero solo Dioses quiero á de remediar, como sepora en su misericordia, vos encargo solo supliqueis con particular fervor, deusilla no ay mas novedad q la muerte del Papa, encargosaq hagais particular oracion para q el sucesor sea apropiado para el bien de la Iglesia, q siendo así, es cierto lo será para mis intereses á Dios gracias nos hallamos con salud, y estos dias ocupados en asistir á los sermones y oficios de quaresma, peralta su divina Md. q sepamos aprovecharnos dellos, pedíedlo así; y q nos ayude entoda lo que necesitamos, y nos olvidéis de la sucesion desta Monarquía q es confiado es libada las cosas q mayor cuidado me dá, pero siempre estoy resignado en la voluntad de Nro señor. de Madrid á 3 de Marzo 1633.—yo El Rey.

II.

Señor

Poderosa es la voluntad encamada por la caridad pues hace leyes mas eficaces que las Naturales propio es á la criatura Racional sentir sus penas y por ellas olvidar las penas y la experiencia me enseña se pueden sentir las de los proximos las de la vmd, dividen mi corazón De dolor y puedo asegurar yngenuamente fuera mas tolerable Para mí padecer todo lo q añade á vmd, que mirarlo con la amargura y compassion q lo considero y pondero y como me es posible dar á vmd, el alivio q deseo crece mi Dolor y me compele á mas y mas clamar al Señor y Pedirle use de Misericordia con vmd, esto valio de lagrimas son forcosos los trabajos el fruto mas cierto desta desierta donde no se halla sibiio la tierra produce yervas plantas y arboles sustenta ganados Da me tales Piedras preciosas y grande variedad de Mantamientos y cosas necesarias para el uso humano pero descanso no se halla en ella ni el fruto del consuelo sacado, ay titulos de emperadores Reyes y principes pero no descanso, el Mundo Da con grandes tristezas Algun pequeño con suelo fugida á triaca comarcal beneno engañosa dulzura con abundante amargura me dá contento condis gustos placeres con sobresaltos y todo es vncero de desvelo furse, estando los Hijos de Job comiendo yo sobrellos la cassa, y los mató quedaron allí sepultados y en vn mismo dia fueran en Mesa y sepulcro, besta, banquete y tristeta, entán breve tiempo sehallo Job Prospero y desbalido Rico y Pobre con Hijos vihos y Muertes y estas y otras cosas las le ahojaron á, tan se liz Puerto dede senaño q dió gracias Al Altissimo y dixo dies me lo Dio y quito agse su voluntad q Palabras tan dulces y sonoras para la aceptación divina allaron franca entrada en el tribunal de la Beatissima trinidad y merecieron, Para Job, título de Paciente y Justo dice la escritura q no ofendió á Dios con sus labios, las tribulaciones hacen santos y los gustos precipitan al vicio la prosperidad, es destruydora de la virtud y grandioso triunfo luchar con ella y despreciarla, san agustin dice q la prosperidad es como Peligrosa Paraelaina q la adberesion Para el cuerpo porq la fortuna terrena sibierte al alma levicia yace olvidada de sus Poserimerias y de lo q debe á Dios y La tribulacion añade al cuerpo con que se duele de los trabajos con primq y modera en sus Pasiones señor Mio osissimo si el padecer es forcoso y tan vil y pro

becho y no ay Mayor trabajo q el mal llevado prudencia christiana es tolerar y sufrir lo que no se puede escusar, Para los trabajos es necesario animo grande y intrepido fundado sobre la firme Piedra que christo con q ay que el Padece asca á tribulado no será bendido, si siendo se al sufrimiento lo quemas y elustra la gloria de la virtud es el padecer señor Mio soy criatura limitada quiero y no Puedo sibierte ay vmd, deseeo su con suelo y no lo consigo y bendíedme vna Para todo busca mi ignorancia algunas de las cosas q Pueden traer á vmd, y el afecto se adelanta perdone vmd, estas cosas y Misa aloraron en que como vmd, mas que manifestan mis Raones, Alegromé q enca talanca no ay mudad y lo que se prebenga segun las fuerzas Alcancaren la campaña futura que ayendode vna Para lo Posible y no Puedendomas nosode ayudar la divina prohibicion Pnes es causa suya, el mal estado q tienen las cosas de flandes y el alboroto q se revelan mas contristado y ostrañado sacudado de vmd, año que me isstimo y con padecer del, causa gravecesosa y como tal trabajaré Porolla posirame ante el serm mutabile de Dios lloraré y clamare Pediré asu Magestad con conato a parte de nosotros el ayde q merecen nros Pecados y q Remedie daños tan grandes como nos amenazan felseve en obedecer y a yudar avmd, segun el Pobreza y yustare Denuedo la sucesion y con Raones lo q mas sienta vmd, que falte pues siel Altissimo noscogase tan severamente ayva Mucho q hacer Pero no es Racon desistamos nide Jemas De pues el ser cosa tan grande y del bien como adelantare nros esperanzas y a yubar la fe amas desto mecon polo á traba Jar Porolla fin ser porlecente á vmd, aquién tanto amo y es limo; amé edificado y un tercedo elcatolico y christianissimo desseo q vmd, tiene que el todo poderosono de Pontífice qualnecessita el estado de la Iglesia santa y q las conbinencias propias las de vmd, y asegure en este acuerdo obedecer á vmd, y con todas beras y affecto Pedirencamineste eleccion al Remedio de tantos males como hemos en los siglos presentes Aumentos de la christiandad y Amparo, con suelo y asistencia de vmd, en sus trabajos q siel Pon tífice Possiese el hom bro á ellos se susbitaria la carga de vmd, y a aumentaria sucesos prosperos el Altissimo y megdé á vmd, Elices años en la concepcion de la casta de agreda 15 de Marzo 1633—va se llaman de vmd, sumenó sierre—sor Maria de Jesus.

La primera mención histórica de España.

Las noticias históricas mas antiguas de nuestra patria nos fueron transmitidas por los escritores griegos y romanos. De aquellos es el primero, *Escila de Cariatida*, pueblo de Carra, anterior á Herodoto, pues que vivía 522 años antes de Jesucristo, en tiempo que reinaba en Persia Dario, hijo de Histaspes. Habiendo navegado por el Mediterráneo, visitó las costas occidentales de Africa, de la Bética, de la provincia que llamaron los romanos Tarraconense, y escribió un *Periplo* ó relación de su viaje. El muy curioso fragmento en que habla de España, y donde por la vez primera se menciona esta con el nombre de *Iberia*, es el que insertamos á continuación.

N. C. C.

«Los primeros pueblos de Europa que se encuentran, son los *Iberos*, nación indígena, cuyo territorio está cruzado por el río Ebro.—Allí se ven dos islas que tienen el nombre de *Cades* (1); en la una hay un pueblo á una jornada de las columnas de *Hércules*.—También hay una ciudad griega llamada *Emporio* (2), poblada por una colonia de *Masiolitas*.—Las costas de *Iberia* componen una navegación de siete dias con sus noches. Después de los *Iberos* están los *Liguos*, cuya población está mezclada con la primitiva, y se extienden hasta el *Ródano*»

NUNCA.

HISTORIA DE EXOS AMORES.

A LOUIS DE EGUILAZ Y DIEGO LUQUE,

en prueba de cariño, el autor.

(Aprobada por el censor.)

1.

INÉS.

Inés vive sola con su madre; su padre murió mantiendo un regimiento en la guerra de la Independencia, dejándoles su sueldo y una casa en un pueblo á corta distancia de la capital de las Españas. Inés,

(1) Fu hoy Cadix.

(2) Ampurias.

como hija mimada y sin padre, es el encanto de su madre; sus caprichos más pequeños son leyes para Doña Manuela, que se complace en ver á su hija contenta y satisfecha.

Inés, como criada en el campo, es robusta, suelta y ágil; tiene unos ojos como dos luceros, un pelo como azabache, y un cuerpo, que aunque nunca ha estado en prensa, puede competir con el de la dama más remoligada; su alma es sensible, y su corazón está aun virgen de amores.

Agrádala mucho correr por el campo y tener jardín donde cultivar unas cuantas flores: es franca y jovial; siempre se la halla de buen humor, y siempre dispuesta á complacer; juega como una niña, salta y corre por el jardín como si tuviera ocho años, y su madre es feliz viendo la tan sencilla y tan cándida.

Su alma está virgen de emociones, aun de amores, la más pura de ellas y la primera que se desarrolla. Nunca le ha preguntado al espejo si era bonita; nunca se ha mirado en el arroyo para ver si era más guapa que alguna de sus amigas; nunca ha pensado en jóvenes de espinado bigote y aliso tallé; nadie la ha dicho nunca ninguna de esas palabras que se dicen por lo bajo y con emoción.

Su vida pasa alegre y silenciosa, como se pasan las flores del campo, tan parecidas á las niñas bonitas; como se desliza el agua de un arroyo; como los pájaros que cantan en los frondosos árboles de su jardín.

Feliz la pobre Inés, que no ha sentido aun las tristes palpaciones que se cuentan; que no ha visto aun correr por sus mejillas las lágrimas que dejan huella; que no ha pasado las largas y fatigosas noches del insomnio, en que todo lo tétrico y desconsolador se presenta á nuestros ojos.

Para ella, las pasiones del mundo no son nada, no las conoce! Sus alegrías consisten en ver cubrirse de flores sus rosales, ver abrirse sus jazmines y sus primavera, y esperar las delicadas y sonrosadas flores del almendro, que han de traer en pos de sí las serenas mañanas de la primavera y los alegres días en que el sol abre un mundo de flores y de insectos.

Conoce uno por uno todos los árboles de su jardín; podría decir cuantos capullos tiene cada planta, y no ignora dónde hace su nido cada pájaro de los que trinan entre las zarzas.

Todas las misteriosas semillas de la naturaleza le son conocidas; ha visto muchas veces la gradación de los colores de las nubes cuando empieza á amanecer, y cuando el sol se oculta en el lejano horizonte.

Sabe qué flores son las de cada estación, en qué días vienen las goloncinas, cuándo empiezan á talar los ruiseñores, y en qué estación los negros cuervos y las chillonas cornejas se reúnen en bandadas y se ciernen en el espacio.

En pago ignora qué es el mundo; no sabe nada de sus pasiones ni de sus lágrimas; vive feliz; todo le sonríe; su madre la ama; ¿qué más puede apetecer si no conoce otro amor?

II.

LO QUE BLAS VEA DESDE UN ÁRBOL.

No le pasaba eso á Blas, el hijo del jardinero; este, en vez de cuidar de las flores, de los árboles y de las estaciones, pensaba en Inés, que vivía al lado de su jardín, y maldecía la tapia que las separaba, y el haber nacido el jardinero y ella señorita.

Todo el día se le pasaba en meditaciones amorosas, que empezaban por nublar su faz, que después le entristecían, y que acababan por desesperarle, haciéndole hasta tirarse del pelo.

En una de estas meditaciones está ahora: subido sobre un árbol (creo que era un cerezo) que crecía al lado de la tapia que separaba las dos posesiones, contempla con ávidos é inquietos ojos el jardín de su vecina.

Es la hora crítica á la que suele bajar ella al jardín á hacer el examen de sus plantas y de sus flores; por eso la espera Blas con impaciencia.

Miraba y miraba, pero nada veía. Solo el jardín, que continuaba como siempre tranquilo y silencioso. Blas vio una mariposa que pasó la tapia, y se fué á posar en un alfiler; y deseó ser mariposa y ser alfiler, y odió su humilde condición de jardinero, que no le permitía decidida y desembarazadamente presentarse á Doña Manuela y pedir la mano de su hija... y se le humedecieron los ojos.

Y el jardín seguía silencioso. Blas meditaba y se desesperaba, porque Inés, la bello Inés, no bajaba.

Un pájaro pasó la tapia y se fué á posar en un espinero que dominaba en el jardín, y Blas formó los mismos insensatos deseos que cuando la mariposa se posó en la flor.

Y el pájaro voló á la barandilla del balcón, y Blas se estremeció:

entonces hubiera dado todo por ser pájaro, hasta su chaqueta de terciopelo que se ponía los domingos para ir á misa cuando Inés, y que era la envidia de los demás aldeanos.

Una puerta de la casa se abrió: Inés salió al jardín; á ellas se le abrió el corazón; se quedó sin movimiento, y se volvió todo ojos: ella siguió como de costumbre arreglando las flores y regando las que necesitaban agua.

Blas hendió en su interior al árbol (creo que ya he dicho que era un cerezo) que tan bien situado se hallaba, y que tan bien le permitía ver sin ser visto.

¡Y qué bonita estaba Inés!... De vez en cuando cantaba, y el amante oculto aplicaba los oídos para percibir las palabras de su canción; pero no llegaba hasta él.

Una mariposa de esmaltados colores cruzó por delante de Inés: ella soltó la regadera que llevaba en una mano, y se puso á perseguirla; la mariposa en su vuelo incierto y caprichoso burlaba la ligereza de la niña, y aumentaba sus deseos de cogerla; pero pasó la tapia por encima del árbol en que estaba Blas; Inés la vió desaparecer, y volvió á regar las flores.

Blas se puso furioso contra la mariposa, y sintió que Inés no repetiría en él.

Inés acabó su trabajo diario de jardín, y poco á poco cesando y corriendo llegó hasta la puerta de su casa; se paró un rato como pensativa... Blas, que había empezado á bajar del árbol, se paró, le miró con ansiedad, y se desesperó porque no adivinaba lo que Inés pensaba en aquel momento.

Cortó fué este, porque Inés volvió un rato y se entró en su casa cerrando la puerta.

Blas se bajó del árbol triste y cabibajo, y se retiró hacia su trabajo diciéndose á sí mismo: Es inútil... es una locura... ni pensarla... nunca...

III.

EN DOMINGO.

Sonaba la campana, ó mejor dicho, el esquilar de la iglesia del pueblo, y Blas que lo había oído se encaminaba presuroso hacia el templo; como en todos los pueblos, y mucho más en el campo, no se celebraba en aquella iglesia más que una misa; así es que esta era el punto de reunión de los mozos del pueblo, que acudían á ver á las aldeanas y á las señoritas con los trajes de gala y los atavíos de días de fiesta.

Está la iglesia del pueblo á que nos referimos situada en medio de una senda cubierta á los dos lados de esos matorrales toscos y salvajes que colocan los aldeanos para inutilizar la entrada á sus viñas y tierras: en ellos crecen las plantas más incultas, pero que como chira de la naturaleza tienen también su poesía; mezclas las entredadas y vigorosas zarzas, de flores moradas y de negra fruta, á las cambromeras que se cubren en la primavera de menudas florecillas como escarillas, y á los rosales silvestres, tan parecidos á las mujeres, puesto que además de tener espinas, son sus rosas bonitas en capullos, y luego cuando se abren no tienen más que cuatro hojas.

Rodean á la iglesia algunos nogales de lustrosas hojas y acacias de perfumadas flores; forman el fondo del cuadro los cipreses del cementerio que se esliende detrás de ella.

Blas llegó al primer toque; así que, tuvo tiempo de esperar á su adorado tormento y de verla llegar.

Efectivamente, Inés llegó al poco tiempo, y Blas, que sintió que se le arrebatada la sangre al verle, creyó más prudente esconderse detrás de las zarzas para no ser visto, temiendo que le vendiera su encendido color, y que ella se sospechara lo que él tenía tanta gana de que supiera.

Por muy listo que fué, y por muy disimuladamente que efectuó su retirada, no lo hizo tan bien que no notaron los demás que allí estaban su movimiento repentino; y al verle agachado como una liebre, cada uno formó distinto comentario; pero sin atinar ninguno la causa, puesto que entre ellos era hasta locura siquiera imaginar que un aldeano pudiera enamorarse de la señorita Inés.

Blas sin embargo seguía agachado, y cuando la linda joven pasó por delante de él, sintió que las piernas le temblaban y que el corazón le latía con violencia: la siguió con la vista, y apenas la vió entrar en la iglesia, salió de su madriguera colorado como la grana, muy turbado, sin saber si entrar detrás de ella, ó esperar por los alrededores la conclusión de la misa para volver á su escondite; al fin trinitó en él la primera idea, y se encaminó á la iglesia, donde entró, colorándose el último de todos; desde allí, alargando la cabeza y el cuello cuanto podía, logró verla de rodillas oyendo misa con suma atención; volvió á agacharse la sangre á la cabeza, y volvió á sentir las duras y repetidas palpaciones de su corazón que le volvían á decir: — ¡Mirala qué bonita!... atrévete... porque la fortuna protege á los audaces.

Bias sin embargo no se aburría; la miraba, y se contentaba con forjarse sueños de placer y ventura y en balagar su mente con ideas irrealizables.

Antes que salieran del templo, Blas echó á correr y volvió á su domicilio, desde donde la vió pasar; pero como el amor no está nunca satisfecho, Blas corrió de nuevo, atravesando campos y sembrados como un loco, para poder volverla á ver antes que entrara en su casa.

Y la vió, y se le figuró que estaba mas hermosa que nunca; y la pasión que al principio fué en él una chispa, fué tomando proporciones gigantescas. Con qué ansiedad la miraba! Hubiera querido en aquel momento tener los cien ojos de Argos, para no perder la mas pequeña partícula de la belleza de aquella mujer que le hacia padecer de noches tristes y remebrosos insomnios, á él que se alababa como buen campesino de dormir doce horas de un sueño, aun cuando fuera de pie; pero como habían cambiado las cosas! ya no podia dormir, porque soñaba con ella; no podia trabajar, porque su cabeza no pensaba en lo que hacia, y solo pensaba en Inés; no acertaba ya con las flores como en otro tiempo, y se desesperaba al ver que sus plantas no valian lo que antes.

Una nube de tristeza cubrió sus ojos al ver á Inés entrar en su casa, cerrar la puerta y desaparecer á su vista; entonces, mustio y cabizbajo, se fué á esconder á la sombra de un árbol, y se entregó á sus tristes pensamientos.

IV.

MEDITACIONES.

Blas meditaba. Veía pasar ante sus ojos la risueña imagen de Inés, y sus labios se sonreían sin que él lo supiera. Triste y meditabundo, se entretenía en ver pasar las olas del arroyuelo á cuyo borde estaba sentado, y se estremecía, creyendo que el agua le iba á traer envuelto en uno de sus pliegues el rostro de la mujer á quien amaba; y miraba con tanta atención al agua, y solo de vez en cuando veía pasar alguna rama seca ó alguna flor trunchada: entonces volvía á razon, y se decía á sí mismo: «no me quiere, porque no viene.»

Sus ojos, que se quedaban fijos en el agua, iban perdiendo poco á poco la facilidad de distinguir los objetos; y como si una nube oscura los cubriera, acababa por no saber lo que miraba, ó mejor dicho, miraba sin ver; entonces su espíritu estendia las alas, y volvía á recordar el sitio donde habia visto á Inés, el traje que llevaba puesto, el color que animaba su rostro, y esa sonrisa semi-coqueta semi-burlona que adornaba los labios de las muchachas.

Si yo pudiese todos esos tesoros, se decía el pobre Blas; si esa cara tan linda y tan expresiva fuera mia; si yo lograra una sola de sus miradas, ¡qué felicidad tan grande y tan envidiable, qué tranquilidad tendría mi alma! y un estremecimiento vago recorria su cuerpo.

Si esa mujer que hace palpar mi corazón de ese modo tan extraño fuera mia; si yo la viera unida á mí para siempre, para ser la compañera de mis días, ¿quién habia de igualarme? y sus ojos se humedecían sin que él lo notara.

Esa mujer, continuaba pensando Blas, no puede menos de ser mia; yo la amo mucho, y algun dia conocerá que el cariño no atiende á las clases, sino á las pasiones; y cuando vea que Blas ha pensado en ella dia y noche, ¡qué ha de hacer sino recompensar mi pasión con la suya?

Una rana que asomó la cabeza por entre los juncos y plantas del arroyo, empezó á graznar desahogado. Blas, pensativo y preocupado, creyó que era un aviso, que sus sueños eran locura, y agarrando una piedra, la arrojó al agua; la rana no tardó en saltar al oír el ruido, y Blas volvió á entregarse á sus meditaciones.

Esa mujer, esa mujer, pensaba, de quien ya nada me pudiera separar, que con la sorpresa en los labios y la tranquilidad en el corazón me recibirán siempre alegre, saltará al montecito á verme venir, y me haría señas con su pañuelo, me abrazaría á mi llegada, y juntos pasearíamos bajo las acacias en flor, respirando su perfume hasta que fléamos á comer bajo el emparrado, entre el cántico de los pájaros y la frescura de la tarde; juntos volveríamos á dar nuestra despedida al campo, á la luz del crepúsculo, y reposaríamos hasta que el arrullo de las palomas y el canto del gallo nos anunciaran el amanecer. ¿Y por qué he de renunciar yo á estas delicias tan puras y tan completas? ¿Por qué, puesto que siento que Inés me hace falta para vivir, no he de tener yo esperanza de que será mia?.. Ha de ser ella, tan cándida y tan pura, una de esas mujeres que lo sacrifican todo al dinero!.. No ha de tener en su alma otros sentimientos que la ambición! No, no debo pensarlo; es demasiado bonita, demasiado amable, para ocultar sentimientos tan en contradicción con su cara.

Mi padre me ha dicho muchas veces que la cara es el espejo del alma; y siendo Inés tan guapa, no puede menos de tener un corazón como el mio. A ella le gustan las flores, yo las cultivo tambien; y aunque mis manos estan desahogadas de manejar los instrumentos de mi

profesión, no me despreciará por eso; me querrá mas, puesto que se han endurecido cuidando las mismas plantas que ella, cultivando las flores que tanto le agradan, y que son sus únicos encantos, sus mayores alegrías.

Si, estoy seguro que Inés me querrá en cuanto la diga lo que la amo, lo que pienso en ella noche y dia; pero ahí mi fortuna es escasa, mi porvenir no es brillante como el suyo, y ya que no ella, su madre me rechazará, no querrá que la pueda llamar mia, y será toda mi vida desgraciado!

Y Blas comenzó á llorar tristemente, mirando al través del iris de las lágrimas, los círculos que formaban al caer en el arroyo, y que pequeños al principio, se multiplicaban y se ensanchaban hasta perderse entre las orillas cubiertas de flores y de musgo.

Así son siempre nuestras ilusiones; el mas pequeño motivo produce en nuestra alma un círculo sensible, que va produciendo otros, que poco á poco se ensanchan y se hacen gigantescos, hasta deshacerse en las tristes orillas de la realidad. Y el alma que los ha visto formarse y crecer, que conoce cuál es su origen, y que podría prever su fin, los acoge con cariño y los ama con delirio para fomentarlos y entristecerlos cuando se deshacen, siendo tan natural su muerte.

Blas enjugó sus lágrimas, al pensar que de nada le servía el llanto, y que era preciso obrar y con resolución y presteza.

Apenas pensó y recapacité un poco, se le ocurrió presentarse á Inés para decirle lo que la amaba; ella le correspondería; vivirían unos dias en esa inmensidad sin limites del amor correspondido, hasta que fuera á presentarse á la madre; allí se arrojaría á sus pies, ponderaría con lágrimas el amor que la profesaba, la muerte de su alma si se la arrancaban de su lado; Inés le acompañaría, afirmaría lo que él dijera, y la madre no podría menos de enternecerse; al ver dos corazones tan unidos, no se atrevería á separarlos, y allí mismo daría su consentimiento gozosa y feliz, previendo la dicha de sus últimos dias, al ver dos seres tan íntimamente unidos, tan admirablemente enlazados.

La rana volvió á sacar la cabeza, dió un graznido, y calló. Blas se levantó y se puso furioso contra aquel inocente animalito, que le recordaba á la vida real, y que le hacia verse, no el marido dichoso de Inés, sino el tonto y humilde jardinero Blas.

Entonces pensó consultar con el domine su proyecto: el maestro de escuela, que tanto quería á su padre, le daría consejos, y él seria feliz, porque se presentaría de un modo suelto y desembarazado ante Inés y su madre; sabiendo que habia de decirles para convencerlas, dado caso de que á las primeras palabras no accedieran á lo que él de tan buen corazón y tan naturalmente solicitaba.

V.

EL DÓMINE.

Blas, después de haberlo meditado mucho á solas con su imaginación, no encontró medio mas conveniente para poner fin á sus penas y tormentos, que presentarse en casa del domine, píntarle su situación crítica y horrible, y acabar implorando sus sanos y profundos consejos.

Y efectivamente, lo hizo tal como lo pensó.

Á la mañana siguiente, antes de que los chicos entraran en la escuela, á la hora en que el domine cortaba plumas y preparaba muestras, Blas, aprovechando una ausencia de su padre, se presentó en casa del que le habia enseñado á leer y escribir cuando era niño.

Blas tenía en esta época diez y nueve años.

Podía yo ahora muy bien hacer un retrato de alguno de los infinitos maestros de escuela que en lo que llevo de vida he conocido, y dar una idea al daguerreotipo del dignísimo domine de la aldea á quien fué á consultar nuestro héroe; pero como no creo oportuno ni necesario á mi historia el que el domine sea moreno ó rubio, de escasa ó elevada estatura, prefiero pasar por alto su descripción, y dejar á tu capricho, lector sapientísimo, el que te figures al individuo en cuestión; indudablemente, puesto que lees mi historia, habrás tenido maestro de lecturá y te le figurarás á tu modo.

Hecha esta salvedad, que aunque muchos no crean necesaria, yo tal la considero, sin que me convenga dar la razon, paso á la conversacion que nuestros dos héroes tenían en la sala de la escuela.

—No le extrañe á V., D. Eusebio, verme aquí tan de mañana, decía Blas; yo sé que V. me quiere como si fuera su hijo, y no he vacilado en presentarme á V. para que me ayude á salir de la situacion en que me encuentro.

—Hable, Blas; ¿qué te ocurre? preguntó D. Eusebio con malicia burlesca mezclada de curiosidad.

—Es el caso, dijo Blas con cierto rubor, que ya tengo diez y nueve años y que pronto hago los veinte.

—Esa aurea, murmuró D. Eusebio.

—Y que á los diez y nueve años siento más en el corazón otra cosa que sentir cuando era mas niño.

—Si no te esplicas *non intelligo*, dijo el dómine con tono enfático y magistral.

—Pue: si señor, como iba diciendo, á mí que me gustaba tanto correr tras de las mariposas del jardín; á mí que me encantaba buscar los nidos de los pájaros, y cuidar de las flores, todo eso me cansa ahora, y siento que mi corazón desea otra cosa.

—Blas, Blas, dijo el maestro, tú estás enamorado.

—Puesto que V. lo ha adivinado, no quiero negarlo; yo tengo una pasión grande por una mujer que creo que no me corresponde; pienso en ella toda el día, y mi padre me regaña porque no trabajo; pienso en ella toda la noche, y no puedo pegar los ojos; la veo, y mi corazón palpita, y haga lo que haga, no vuelvo á pensar en ello; en una palabra, no puedo trabajar porque está continuamente delante de mi vista, y me desampero, y lloro, y soy muy desgraciado.

—Pues bien, veamos; ¿qué fines son los tuyos? es decir, ¿qué piensas de ella?

—Eso es casualmente lo que quiero que V. me diga; yo la quiero; no sé si ella me quiere, y eso me desespera. V. que sabe tanto, quizás encuentre un medio para que yo pueda decirle que me gusta, que la quiero, y que ella debe quererme; si V. le encuentra, me hace V. feliz, me ahorra V. llorar continuamente y pasar una vida triste y aburrida.

—¿Tu padre lo sabe? preguntó D. Eusebio con su tono enfático y magistral.

—No señor, no sabe nada...

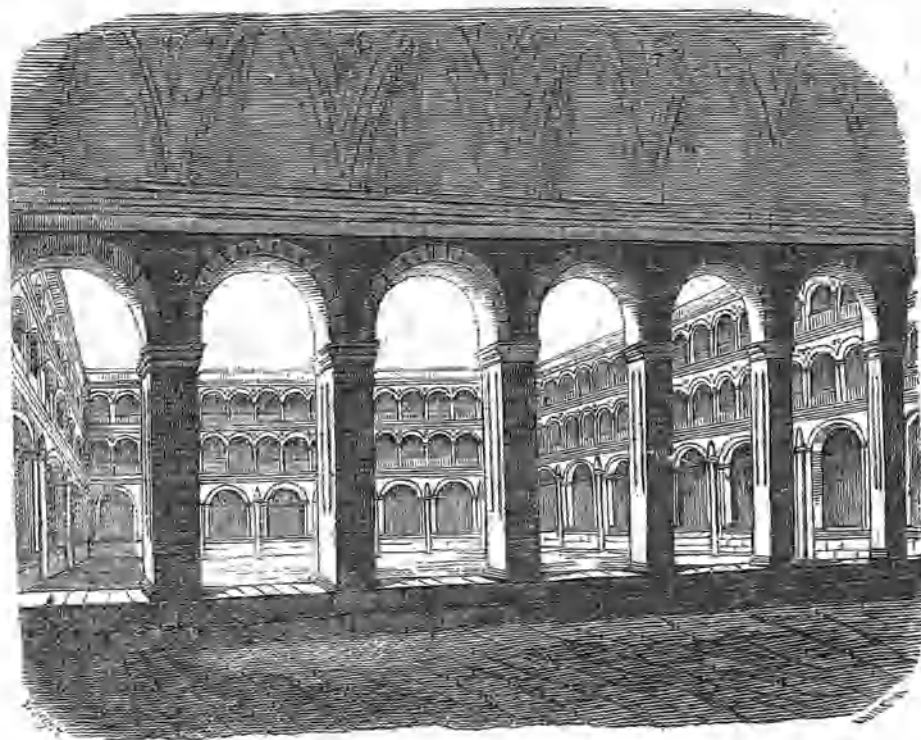
—Entonces, Blas, renuncia á ella.

—Pero, señor maestro...

—Blas, fíate en mi experiencia; el amor no debe entrar en nuestro pecho *in pectore*, que hubiera dicho Horacio, sino después de una convicción moral; tú no puedes tenerla á tu edad; olvidala, verás cómo vuelves á tus trabajos con gusto; los primeros días te será duro; pero poco á poco irás olvidándola, y al fin te acostumbrarás á ello; la costumbre es una segunda naturaleza; y en fin, ¿quién es esa mujer?

—Es un secreto, dijo Blas muy decidido; no lo puedo decir.

—Entonces... te conviene mucho menos, porque es señal de que algun motivo recóndito te impide descubrirselo á tu maestro que tanto te quiere. Conque créeme, Blas, no te conviene esa mujer que es para mí *deo ignoto*; deja de pensar en ella y medita lo menos posible; de las meditaciones de esa especie no se puede sacar nada bueno y si mucho malo: á tí no te convienen amorios; déjate de esas cosas; piensa en tu jardín, y evita los sueños á la sombra de los árboles *recubans sub tegmine fagi* que ha dicho Virgilio, y de los que solo se sacan malos ratos; créelo, Blas, la ciencia lleva á los pensamientos, y es mucho



(Claustro del ex-monasterio de Santa María de Bogedo de Candapajares.)

mejor no pensar; se ahorra uno muchos disgustos; por eso sois mas felices los aldeanos que nosotros los hombres de ciencias; porque el estudio y la civilización no han desarrollado en vuestra cabeza esos tristes pensamientos que son nuestra desesperación, y que causan nuestra ruina física y moral.

Blas miraba á D. Eusebio con cara espantada, porque empezaba á no comprender ni una sola palabra de lo que decía.

Al fin, y después de haberle dado palabra de no ocuparse mas de semejante mujer, se retiró mucho mas triste que cuando había ido, y sin haber sacado nada en limpio de toda aquella gerigonza que el culto y sapiente maestro le había dicho.

Blas, meditando por el camino, creyó que el maestro no había estado cuerdo, y se convenció mas eficazmente de la necesidad que existía para él de decir algo á Inés; porque si no, iba á estar toda su vida sufriendo á pesar de la perorata brillante y de las magníficas razones que el maestro alegaba para probarle que sería mucho mas feliz no pensando en ello, porque los pensamientos engendran los dolores del alma, y que por consiguiente es mas feliz el menos instruido.

Blas no estaba enteramente conforme con estas ideas.

VI.

BLAS TENIA RAZON.

El placer de un olvido.
Enilia Deschamps.

Indudablemente, Blas tenía razón al no estar enteramente conforme con las doctrinas y teorías de su antiguo maestro, y al verse con lágrimas en los ojos, se preguntaba á sí mismo cómo un señor que tanto sabía y que tan acostumbrado estaba á tratar con los aldeanos, podía haber dicho que no son desgraciados moralmente los que carecen de instrucción, los que se hallan en medio de la naturaleza ocupados en labores campestres; que á juicio de los que habitan las ciudades son tan distraídas que no dejan tiempo para pensar en las penas. Según estos, no caben los padecimientos morales en las personas toscas é incultas.

Magnífica utopía, escrita en medio del fastidio que dan las comodidades siberíticas, ó en medio de la duda y del vacío horrible que dan las ciencias.

El que se halla encerrado entre cuatro paredes con el corazón batiendo y el pecho ahogado en sollozos y suspiros, anhela un espacio ancho y desahogado para respirar con facilidad; en medio de sus meditaciones ve el sol brillante, oye el cántico tranquilo y sereno de las aves libres, y suspira por el campo; se fraga en su cabeza mil sueños de oro que no se pueden realizar en la vida que lleva, y cree firmemente que el cambio de esta le hará experimentar una sensación de placer que desconoce, y envidia al aldeano que con la frente tostada por el sol canta al guisar á su casa sus taridos y perezosos ganados: para esos la vida feliz y risueña está en la naturaleza, está en el campo, y envidian á los campesinos, á quienes oran felices y dichosos porque no piensan.

Y sin embargo, el campesino sufre; y en medio de sus cánticos que envía al poderoso, hay una nota de dolor y de pena; canta, pero canta como el ave prisionera un lamento á su desgracia; un lamento á su vida monótona y sombría.

La naturaleza no puede prestarle consuelo, porque la está viendo desde que ha nacido, y tiene tal costumbre de asociarla á sus padecimientos, que cuando va á pedirle un consuelo en medio de las azures tristes de su vida, no se le presta; su mundo es el pequeño horizonte que se descubre ante sus ojos. Las hojas pomposas y galanas que adornan las arboledas se marchitan con el otoño, y con por el suelo á las primeras heladas de noviembre luego de aquel verdor y de aquella lozanía, quedan los árboles secos y desnudos como esqueletos en los que el viento se rasga y gime.

Entonces el campesino que sufre las heladas y que padece, cree feliz al que vive con las comodidades del lujo, y el deseo de mejorar su penosa situación le hace vivir en una desgracia continua.

Así pasa siempre, las penas, por muy vulgar que sea esta frase, son muchas, los momentos de placer son cortos, y al fin el placer es una olvida de nuestras penas.

Todos los objetos que nos rodean son tristes; la naturaleza es horrible para el que sufre, porque su monotonía convida al pensamiento; y el hombre que no ve nunca el presente, ó anhela un porvenir que cree feliz, ó sueña con los recuerdos de un pasado que al comparar con su situación le hacen envidiar aquellos y creer esta mala y sombría. Por eso Blas recordaba la época feliz en que el amor no había herido su alma, y suspiaba por aquella época, y sus ojos se cubrían de lágrimas y su corazón de luto.

VII.

UN TERCERO EN DISCORDIA.

Blas seguía triste, ensombrado y meditabundo, tres situaciones á mal mas comprometidas, y su desdichada Inés, alegre, juguetona y sin cuidados, cuando un acontecimiento bastante notable vino á cambiar la faz de la casa, y la monotonía de la vida campestre y tranquila que hacían la vida y su linda y simpática hija.

Una mañana, cuando aun esta se hallaba dedicada á sus empuñados quehaceres en el jardín, oyó pasos detrás de sí; y quedó sorprendida al ver en su presencia á su primo.

Después de los saludos de rigor, y de enterarse mutuamente de la salud de sus respectivas familias, Inés tomó de la mano á su primo para presentárselo á su madre, que como ella, no pudo menos de sorprenderse al ver en su casa á Federico.

—¿Qué te trae por aquí? le preguntó Doña Manuela, después de enterarse como en hija de la salud de la familia de Federico.

—Venir á pasar unos días con Vds.; estaba ya aburrido de la corte, harlo de paseos, de bailes y de jaranas, y me acordé que aquí tenía una tia tan amable y una prima tan cariñosa y tan linda, que me recibirían con el mayor agrado, y aquí me tiene V.; pero entre paréntesis, Inés, estás hecha una buena moza, me gustas mucho. Inés contestó á esta galantería tan vulgar en el gran mundo con una sonrisa, que la hizo parecer mucho mas linda.

Haremos gracia á nuestros lectores de la conversacion que tuvo lugar entre nuestros tres personajes, y adelantaremos mas la escena, puesto que nadie se opone á este nuestro capricho.

La venida de Federico cambió completamente el aspecto de la casa de campo, porque de genio alegre, y aun algun tanto calavera, hacia pasear á Inés por todo el campo, se burlaba de los torcos campesinos, montaba á menudo á caballo, y cazaba con estrépito y algazara.

Inés, que veía á su alrededor un nuevo género de vida, fué poco á poco cobrando afición á su primo, y le acompañaba por todas partes, riéndose como una loca de sus gracias, y olvidando hasta sus flores, oyéndole hacer descripciones de los bailes y de los torcos de la corte.

Doña Manuela, que más de una vez en sus sueños de madre había visto en lejananza á Federico, cuando había pensado colocar á su hija, veía con gusto la afición que parecían demostrarse, y procuraba fomentar en todo lo posible, aunque no abiertamente, la buena ar-

monía que reinaba entre los dos primos, aplaudiéndoles y acompañándoles á sus escursiones, y riéndose tambien de vez en cuando de los chistes y gracias de Federico.

Tambien le había tocado la china, como suele decirse (y sin que se sepa por qué) á Blas; había visto desde su observatorio anonimo la fatal entrada del primo, y desde que le vió no le hizo mucha gracia, porque vestía con elegancia, traía empuñado bigote, y lucía luces y rubia cabellera. Se miró él á sí mismo, y con la rapidez del rayo se convenció al hacer la comparación de que ya su pleito estaba perdido, y que esta llegada fatídica venia á destruir la poca y raquítica esperanza que le quedaba.

Y Blas, como le sucedía casi siempre, tenía razon; aquella mujer en quien él se había atrevido á poner su pensamiento, no podía quererle; él no reunía ninguna de las condiciones que necesita el que ha de enamorar; si se hubiera contentado con alguna de las jardineras ó aldeanas de las casas inmediatas, hubiera visto su amor satisfecho; pero al ponerle en Inés fué atrevimiento y locura; tanto, que ella no había sentido impresion ninguna al hablarle á él, pobre jardinero, y notaba sin embargo una cosa inusitada cuando estaba al lado de su primo.

El amor debe ser como esas plantas que brotan sin que el jardinero las haya sembrado; existe en la tierra la semilla sin que nadie pueda decir: yo la he plantado; pero que al primer calor de la primavera brota y da flores; puede tambien que yo me equivoque, porque nada tendria de particular al tratar de mujeres, y únicamente podría contar lo que á mí me ha pasado, lo cual no creo oportuno y necesario; por lo que pongo punto y hago epítulo aparte.

VIII.

¡MUJERES!!!

Se habla mal de las mujeres por la misma razon que no se tiran piedras mas que á las arboles cargados de fruta.

Adolfo Ricard.

La grande, la verdadera desgracia de Blas, si se considera friamente como te aseguro, lector, que la considero yo en este momento, no era todo lo triste que él se figuraba. En todo lance en que ande una mujer, y andan en todos, tiene el hombre que desesperarse, rabiar y padecer; es indudable que son malos hechos, y tienes un ejemplo palpable en el pobre Blas, que sufría mucho, y que hasta se hacia lítiloso de resolitas del trato imaginario con Inés.

Yo sin embargo puedo declararte que me hacen las mujeres muchísima gracia, y que á pesar de las teorías anteriores las quiero y las defiendo, y hay muchas razones para defenderlas; si son malas, es por causa de los hombres; y yo que veo que todo lo malo que hacen es culpa nuestra, no puedo menos de adorarlas y decir: ¡cómo ha de ser!

Si, lector; si no eres viejo; si aun te bulle la sangre en el cuerpo; si aun te se encandilan los ojos al pasar al lado de las muchachas, comprenderás muy bien que yo que soy jóven, las defiendo contra todo viento y marea; y las defiendo, pese á mi amigo Blas, pese á todos los hombres gastados y de corazón de yesca; á mí me gustan las rubias por rubias, y las morenas por morenas, las muchachas sobre todo, y aun alguna que otra jamaña de estas que se conservan bien, que tienen pretensiones, y que no desprecian á los hombres.

Yo creo que si tanto se habla de ellas y tan mal, es porque somos nosotros los que escribimos; y como hemos establecido esa rutina, las pobres escritoras (á esta clase de mujeres es á la que menos quiero) no tienen otro remedio que seguir nuestra huella y decir lo que nosotros decimos.

Ellas serán todo lo que se quiera, harán muchas picardías; pero sin nosotros ¿qué han de hacer? Y puesto que las ayudamos, ¿qué que se les ha de culpar á ellas solamente?

¿Con qué ley, con qué derecho?

Los hombres gastan su juventud en placeres, en inmoderaciones; y al presentarse impuros ante una mujer han de exigir de esta pureza de alma, de corazón y de cuerpo?

Las mujeres que nos educan, que nos sonrien, que nos alientan á los grandes hechos, que hacen nuestra dicha, ¿han de ser maltratadas? No sé la razon; y me alegraría que ellas se entretuvieran en decir de nosotros todo lo malo que de ellas hemos dicho.

Pero, lector, me estravia, paso los límites de la digresion, y echo sermones distanda; tengo una disculpa; hoy es viernes y de Cuáresma; callo pues, y voy á hablarte de lo que á tí no te interesa, á mí sí, algo mas que esto.

IX.

TNA MAÑANA.

*Nihil dulcius est amore; quia amor
est deo natura est.*

S. JOAN. IV.—7.

Nada hay en el mundo mas encantador, mas delicioso, mas poético que las mañanas del mes de mayo: apenas el sol tiene de color de oro el horizonte; apenas empiezan los objetos á distinguirse con claridad, el mundo entero cambia de aspecto. Huyen las pardas y espesas brumas que tendió la noche; ocúltanse las timidas estrellas como pudorosas virgenes al ver pasada la hora de la cita, y las nubes discretas y misteriosas á las que la luna poeaba su blanca opaca y cenicienta, se liden de púrpura y luego de oro, hasta volver por las tintas graduadas de los colores al gris claro y plateado.

Sacuden las acacias sus flotantes penachos blancos de aroma delicioso, las lilas despiden su ligero perfume al sacudir las gotas de rocío, y el poético espino, de menudas flores blancas como estrellas, esperece un aroma encantador.

Todo respira poesía: los tristes arroyos ven platearse sus aguas, y las aves que buscan los insectos aun dormidos en el cáliz de las flores, entonan el himno al que las ha librado del cautiverio de la noche, de la negra y sombría cadena del sueño.

Las plantas abren sus broches, las praderas brillan con un esmalte fino y delicado. y el alma que aspira esa felicidad de todos los dias, pero siempre nueva, siempre igual y nunca monótona, sueña con las vagas visiones que engendró la noche, se alegra, se recrea, se embriaga.

Falta aquel que en estas horas de paz y de consuelo halla un corazon que repita los latidos del suyo; halla unos ojos que reflejen la felicidad que brotan sus ojos; feliz el que, el brazo apoyado en el brazo de una mujer adorada, se aparta del mundo y nada en el etéreo de la felicidad; ante esa naturaleza amante, ante ese murmullo vago pero que habla al alma, el hombre no necesita decir palabras de amor á la mujer á quien ama: un suspiro se entiende, una palpitacion se aprecia lo bastante para no dejarla pasar desapercibida; un latido del corazon, al latir sin saber por qué, estrechó de amor y hace que los que se aman se miran, se embriagan en una mirada y se comprendan.

Así pasaba con Inés y Federico; se habian comprendido cuando al pasar, por el jardín del brazo en medio de esos misterios, se habian ido poco á poco apretando los brazos, habian ido suspirando con lentitud y se habian amado á un mismo tiempo.

Y Blas que los veia subido en el cerezo que le servia de observatorio, escondido entre las hojas como un pájaro nocturno, con los ojos fijos en la linda pareja, sentia que su cabeza se trastornaba, que era demasiado sufrimiento ver felices á otros cuando uno es desgraciado, ver que aquella mujer con la que él hubiera sido feliz, hacia la dicha de otro hombre; y cada vez que los dos primos se paraban simultáneamente, un estrechamiento vago, un frio seco y penetrante, se esparcia por el cuerpo de Blas; entonces se agarraba á la rama temiendo caerse, apoyaba la cabeza en el árbol y comprimía su llanto, que al fin rodaba por sus mejillas.

Un pensamiento de odio hacia aquella mujer le dominaba un momento; pero al punto, con la indecision del que quiere, el odio se trocaba en amor y la queria mas y mas.

Los dos primos recorrian las calles del jardín, amándose y diciéndoselo mutuamente.

Blas, en una de las infinitas luchas por que pasaba su pobre cabeza, creyó mas prudente no ser testigo de aquella escena feliz, y se dispuso á bajarse del árbol, á huir de su casa para siempre, alistarse en un regimiento, y buscar la muerte en medio de las balas enemigas; pero este recurso está ya tan gastado, que el que medita un poco no lo hace.

Así fué: Si yo me marcho, decia Blas, el recuerdo de esa mujer me va á perseguir por todas partes, y mientras yo haya ido á morir, ella amará á su primo y vivirá feliz á su lado, sin pensar en solo momento en el que ha preferido la muerte á vivir sin ella en el mundo; no, no haré tal locura: ¿de qué me serviría? Aun seria mas triste, mas horrible mi posicion, por qué moriría lejos de ella sin volverla á ver: no; estoy ya decidido, me quedo.

Y los dos primos seguian amándose cada vez con mas pasion.

—¿Y por qué he de ser yo testigo de estos amores que me hacen padecer tanto? ¿No vale mas que lo impida, puesto que puedo? Y efectivamente, al acabar de decir estas palabras se puso á cantar sobre el árbol.

Inés y Federico volvieron á un tiempo la cabeza al ver que no estaban solos como creian, y se hallaron á Blas haciendo que hacia algo, cantando como un desesperado. Inés miró á su primo, y los dos parcieron en una careajada ruidosa que heló la sangre de Blas, y juntos

como estaban se retiraron á la casa; mirándose, hablando de él y riéndose con estrépido.

Blas se tiraba del pelo y se dirigia los mayores y mas ofensivos improperios. Soy un necio, un bruto, decia; he dado motivo para que se ría de mí; ahora lo he perdido todo; y se bajó del árbol furioso y desesperado.

X.

DOÑA MANUELA.

No se habia ocultado nada de lo que pasaba en la casa de campo á la perspicaz y curiosa Doña Manuela, y muchas veces al asomarse al balcon y al ver á su Inés recorrer las calles del jardín, del brazo de su primo, se habia tranquilizado acerca del porvenir de su hija, y se habia sonreido, no sabemos si maliciosamente, ó si á impulsos de la alegría interior que dominaba en su corazon; lo cierto y positivo es, que Inés amaba á Federico, que la madre lo habia notado y se habia alegrado, que la familia de Federico tambien se alegraba, porque esperaba que casándose con su prima tan sencilla y tan buena, sentaría la cabeza y que haría de aquí un gran felicidad para todos.

Por eso Doña Manuela fomentaba con ese medio indirecto que emplean las madres para colocar á sus hijas, la pasion de los dos primos; ella les animaba para que salieran á caballo, para que fueran á pasear juntos, y tenia sumo cuidado en colocarlos al lado para que pudieran hablarse, y ya que no otro, al menos naciera de esta union el afecto que da la costumbre.

Muchas veces al ver á su hija la habia creído capaz de inspirar amor á cualquiera, y entonces era mas feliz, puesto que veia que sus páculos de madre no habian salido errados.

En algunas conversaciones que habia tenido con su hija, siempre habia procurado hablarla, aunque con mucha reserva, de amores, y la habia contado como un suceso lo que á su parecer debia hacer, sin olvidarse añadir la moraleja de su cuento, que cuida siempre de plantar con vivos colores para que no se le olvidara nunca á su hija y pudiera sacar la consecuencia que ella deseaba; aun fué mas allá; en sus deseos de colocar á su hija con su primo, habia creído necesario que la niña se educase un poco al mundo para que no la extrañaran algunas cosas que pudiera decirle ó contarle su primo, y la habia hecho leer algunas novelas.

Siento mucho no saber cuáles fueron, pero casi puedo asegurar que algo leeria de Alfonso Kar y de Balzac.

Resultado de todo esto que Inés, que como sabemos no habia pensado nunca en pasiones, ni habia sentido su corazon palpar, empezó á ser mas reservada en sus juegos y en sus locuras de niña, empezó á comprender que las sensaciones que sentia al lado de su primo eran amor, y empezó á meditar lo que decia, á pensar lo que hacia, y presentó á la pasion de Federico un amor puro y verdadero, un noimo de sensaciones nuevas, haciéndola probar las delicias de un amor espontáneo, de una primera pasion.

Gracias á Doña Manuela, Federico vió entonces la inmensa distancia que separaba á su prima de todas las mujeres á quienes habia tratado; conoció el amor que le profesaba al verla variar completamente de carácter y de ideas, al verla asociarse á su modo de pensar, de ver las cosas, y fué feliz; sintió crecer su pasion, y la amó de veras; en aquellos momentos olvidó todas las distracciones del torbellino de la alta sociedad, y hubiera dado toda la que posela por no separarse de Inés, si alguno se hubiera opuesto á sus amores.

De un plan tan bien meditado, tan bien combinado y tan hábilmente resuelto, no se podia esperar mas que un desenlace ese era el que esperaba Doña Manuela, creyendo segura y tranquila que era imposible ni aun imaginar otra cosa.

(Continuará.)

AGUSTIN BONNAT.

LETRADA.

Buena don Rufó
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Tiene el buen hombre
espichos ruro
como los viejos
y los muchachos.

Gasta brasero
todo el verano,
y usa en diciembre
calzones blancos.

Porque es un genio
tan condenado,
que le enamora
todo lo extraño.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Compra en la tienda
lo malo y caro,
pues nada quiere
bueno y barato.

Si le saludan,
le lleva el diablo,
y da las gracias
por un sopapo.

Piensa con hielos
tomar los baños,
aunque reviente
de un constipado.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

¿Ve una tragedia?
Ríe el zanguango.
¿Viene el sainete?
ya está llorando.

Cuando hay un baile,
va cabizbajo
y está en la muerte
solo pensando.

Pero le llevan
al campo-santo,
y allí, deshecho,
baila el fandango.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Ya de opiniones
con él no trato,
porque de fijo
somos contrarios.

Si el despotismo
digo que es malo,
le llama al punto
gobierno santo.

Mas si á los reyes
como él alabo,
se hace un furioso
republicano.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Siempre á las chicas
nos inclinamos
que á un tiempo tengan
belleza y garbo.

¿Qué hace don Rufo?
se ha enamorado
de una mas fea

que el mismo diablo.

Ancha de arriba
como de abajo;
tuerta de un ojo,
belfa de un labio.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Hasta en su casa,
¡qué estafalario!
todos los chismes
tiene trocados.

Bebe en cazuela,
come en un vaso;
en una alcuza
sorbe el tabaco;

En la cocina
tiene el piano,
y en una alcoba
cuece el guisado.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

Ya no le sufro,
ya no le aguanto,
que con su genio
me va cargando.

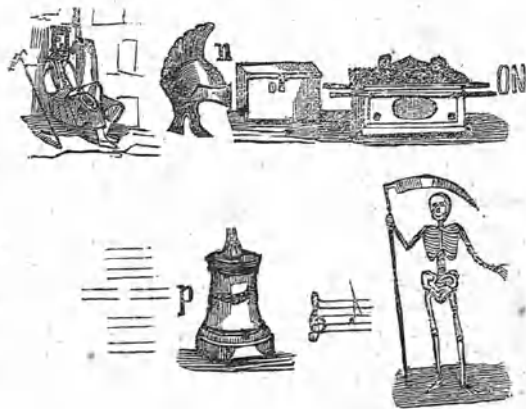
Calla si grito,
grita si callo;
me da dos coces
cuando le halagó.

Si digo bueno,
dice que malo;
si digo berzas,
dice que nabos.

Busca don Rufo
tres piés al gato,
tres piés le busca
y él tiene cuatro.

J. M. VILLERGAS.

JEROGLIFICO.



SOLUCION DEL PROBLEMA DEL NÚMERO ANTERIOR.

AMAPOLA.

ALELI.

Director y propietario, D. Angel Fernandez de los Rios.